

[ 937 ] VT  
[ Oc 16 h ] 18/5/79

DG 261

H5



FSRM

3294

## PREFACIO.

La verdad histórica debería ser no ménos sagrada que la religion. Si los preceptos de la fé levantan nuestra alma encima de los intereses de este mundo, las enseñanzas de la historia, á su vez, nos inspiran el amor de lo bello y de lo justo, y el odio de lo que pone obstáculo á los progresos de la humanidad. Esas enseñanzas, para ser provechosas, requieren ciertas condiciones: es preciso que los hechos estén reproducidos con rigurosa esactitud, que se analicen filosóficamente las mudanzas políticas ó sociales, que el seductor halago de los pormenores acerca de la vida de los hombres públicos no aparte la atencion de su papel político ni haga olvidar su mision providencial.

Con harta frecuencia el escritor nos presenta las diferentes faces de la historia como sucesos espontáneos, sin inquirir en los hechos anteriores su verdadero origen y su natural deducion; semejante al pintor que, al reproducir los accidentes de la naturaleza, no atiende mas que á su efecto pintoresco, sin acertar á darnos de ello, en su cuadro, una demostracion científica. El historiador debe ser mas que un pintor; debe, como

el geólogo que esplica los fenómenos del globo, descubrir el secreto de la trasformacion de las sociedades.

Pero cuando se escribe la historia ¿cuál es el medio de llegar á la verdad? No es otro que el de seguir las reglas de la lógica. Tengamos ante todo por seguro que un grande efecto es siempre debido á una gran causa, nunca á una causa pequeña; en otros términos, que un accidente, insignificante al parecer, nunca ocasiona resultados importantes sin una causa preexistente que ha permitido que aquel ligero accidente produjera un grande efecto. Nunca la chispa levanta un vasto incendio sino cuando cae sobre materias combustibles hacinadas de antemano. En estos términos, confirma Montesquieu este pensamiento: "No es la fortuna, dice, lo que domina al mundo.....  
 " Hay causas generales, ya morales, ya físicas, que obran en  
 " cada monarquía, la elevan, la conservan ó la precipitan; to-  
 " dos los accidentes están sometidos á esas causas, y si el azar  
 " de una batalla, es decir, una causa particular, ha arruinado  
 " al Estado, habia una causa general que hacia que aquel Es-  
 " tado debia perecer por una sola batalla; en suma, la marcha  
 " principal arrastra consigo todos los accidentes particula-  
 " res." (1)

Si, por espacio de cerca de mil años, siempre los romanos salieron triunfantes de las mas duras pruebas y de los mas apretados trances, debido fué á que existia una causa general que los hizo siempre superiores á sus enemigos, y permitió que reveses y desgracias parciales no arrastrasen la caida de su imperio. Si los romanos, despues de haber dado al mundo el ejemplo de un pueblo que se constituye y crece por medio de la libertad, se precipitaron ciegamente al parecer en la servidumbre, desde los tiempos de César, es porque existia una ra-

(1) Montesquieu, *Grandezza y Decadencia de los Romanos*, XVIII.

zon general que impedia fatalmente á la República volver á la pureza de sus antiguas instituciones; es porque las necesidades y los intereses nuevos de una sociedad que se está constituyendo exigian otros medios para su cabal satisfaccion. A la manera que la lógica nos demuestra en los sucesos importantes su imperiosa razon de ser, así debemos reconocer en la larga duracion de un instituto la prueba de su bondad, y en la incontestable influencia de un hombre sobre su siglo la prueba de su genio.

Estriba pues la obra en inquirir el elemento vital que constituia la fuerza de la institucion, como la idea predominante que impulsaba á aquel hombre. Siguiendo esta regla, evitaremos los errores de aquellos historiadores que recogen los hechos transmitidos por las edades precedentes, sin coordinarlos con arreglo á su importancia filosófica; glorificando así lo que merece vituperio, y dejando en la sombra lo que reclama la luz. Lo que nos hará comprender la duracion de tan grande imperio no es el minucioso análisis de la organizacion romana, sino el profundo exámen del espíritu de sus instituciones; tampoco será la menuda relacion de los menores actos de un hombre superior lo que nos revele el secreto de su ascendiente, sino la atenta investigacion de los altos móviles de su conducta.

Quando hechos extraordinarios patentizan un genio eminente, ¿qué cosa hay mas contraria al buen sentido que prestarle todas las pasiones y todos los sentimientos de la medianía? ¿qué cosa hay mas falsa que no reconocer la preeminencia de esos seres privilegiados que aparecen de tarde en tarde en la historia como luminosos faros, disipando las tinieblas de su época é iluminando el porvenir? Negar esa preeminencia seria ademas hacer injuria á la humanidad, creyéndola capaz de aceptar, á larga y voluntariamente, una dominacion que no estribase so-

bre una verdadera grandeza y una incontestable utilidad. Seamos lógicos, y seremos justos.

Demasiados historiadores encuentran mas fácil rebajar á los hombres de genio que levantarse hasta su altura, á favor de una generosa inspiracion, penetrando sus vastos designios. Así, por lo que respecta á César, en vez de mostrarnos á Roma despedazada por las guerras civiles, corrompida por las riquezas, hollando sus antiguas instituciones, amenazada por pueblos poderosos, los Galos, los Germanos y los Partos, incapaz de sostenerse sin un poder central mas vigoroso, mas estable y mas justo; en vez, digo, de trazar este cuadro fiel, nos representan á César, desde su temprana edad, meditando ya usurpar el supremo poder. Si resiste á Sila, si está en desavenencia con Ciceron, si se relaciona con Pompeyo, es por efecto de aquella astucia previsora que todo lo adivinó para sojuzgarlo todo; si se lanza á las Galias, es para adquirir riquezas por medio del pillaje (1) ó soldados seguros para sus proyectos; si cruza el mar para llevar las águilas romanas á un país desconocido, pero cuya conquista consolidará la de las Galias (2), es para buscar en él perlas que se creia existiesen en los mares de la Gran Bretaña (3). Si, despues de haber vencido á los formidables enemigos de Italia allende los Alpes, medita una expedicion contra los Partos para vengar la derrota de Craso, es, dicen ciertos historiadores, porque la actividad convenia á su naturaleza y porque en campaña disfrutaba mejor salud (4); si acepta del senado con gratitud una corona de laurel y la lleva

(1) Suetonio, *César*, XXII.

(2) "César resolvió pasar á Bretaña, cuyos pueblos habian, en casi todas las guerras, socorrido á los Galos." (*César, Guerra de las Galias*, IV, XX.)

(3) Suetonio, *César*, XLVII.

(4) Apiano, *Guerras civiles*, I, CX, 326, edic. Schweighauser.

con orgullo, es para ocultar su cabeza calva; si, en fin, fué asesinado por aquellos á quienes habia colmado de beneficios, es porque queria hacerse rey; como si no fuese para sus contemporáneos lo mismo que para la posteridad mas grande que todos los reyes! Desde Suetonio y Plutarco, tales son las interpretaciones mezquinas que suelen darse á las cosas mas nobles. Pero ¿por qué señal se puede reconocer la grandeza de un hombre? Por el imperio de sus ideas, cuando sus principios y su sistema triunfan á despecho de su muerte ó de su derrota. Porque, en efecto, ¿no es la esencia propia del genio sobrevivir á la destruccion, y dilatar su imperio sobre las generaciones futuras? César desaparece, y su influencia predomina todavía mas que durante su vida. Ciceron, su adversario, no puede ménos de esclamar: "Todas las acciones de César, sus escritos, sus palabras, sus promesas, sus pensamientos, tienen mas fuerza despues de su muerte que si viviera aún (1)." Durante siglos, bastó decir al mundo que tal habia sido la voluntad de César para que el mundo obedeciese.

Basta lo dicho para demostrar el fin que me propongo con escribir esta historia. Ese fin es probar que, cuando la Providencia suscita hombres tales como César, Carlo Magno, Napoleon, es para trazar á los pueblos el camino que deben seguir, señalar con la marca de su genio una nueva era, y consumir en algunos años el trabajo de muchos siglos. ¡Felices los pueblos que los comprenden y los siguen! ¡ay de aquellos que los desconocen y los combaten! Semejantes á los judíos, crucifican á su Mesías; son ciegos y culpables: ciegos, porque no ven la impotencia de sus esfuerzos para aplazar el triunfo definitivo del bien; culpables, porque no consiguen mas que demorar el progreso, poniendo trabas á su pronta y fecunda aplicacion.

(1) Ciceron, *Epistola ad Atticum*, XIV, x.

En efecto, ni el asesinato de César, ni la cautividad de Sta. Elena, han podido destruir para siempre dos causas populares derribadas por una liga disfrazada con la máscara de la libertad. Bruto, matando á César, sumergió á Roma en los horrores de la guerra civil, no impidió el reinado de Augusto, pero hizo posibles los de Neron y Calígula. Tampoco el ostracismo de Napoleon por la Europa conjurada ha impedido al Imperio resucitar, y sin embargo, ¡cuán léjos estamos de las grandes cuestiones resueltas, de las pasiones apaciguadas, de las satisfacciones legítimas dadas á los pueblos por el primer Imperio!

Así se verifica todos los dias, desde 1815, aquella profecía del cautivo de Sta. Elena:

“¡Cuántas luchas, cuánta sangre y cuántos años se necesitarán todavía para que pueda realizarse el bien que yo quería hacer á la humanidad!” (1)

Palacio de las Tullerías, 20 de Marzo de 1862.

#### NAPOLEON.

[1] En efecto, ¡qué de agitaciones, qué de guerras civiles y de revoluciones en Europa desde 1815! en Francia, en España, en Italia, en Polonia, en Bélgica, en Hungría, en Grecia, en Alemania!

## LIBRO PRIMERO.

### TIEMPOS DE ROMA ANTERIORES A CÉSAR.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### ROMA BAJO LOS REYES.

I. “En el origen de las sociedades, dice Montesquieu, los gefes de las repúblicas forman la institucion, y la institucion forma luego los gefes de las repúblicas.” Y añade: “Una de las causas de la prosperidad de Roma es que sus reyes fueron todos grandes personajes. En ningun otro país ofrecen las historias una serie no interrumpida de semejantes hombres de Estado y de tan grandes capitanes. (1)”

No entra en el plan que nos hemos trazado el relato mas ó ménos fabuloso de la fundacion de Roma, y sin que sea nuestro ánimo deslindar el terreno de las ficciones y el de la verdadera historia de aquellos primeros tiempos, nos proponemos únicamente recordar que los reyes echaron los cimientos de aquellas instituciones á que debió Roma su grandeza y tantos hombres extraordinarios como maravillaron al mundo con sus virtudes y sus hazafias.

La monarquía duró doscientos cuarenta y cuatro años, y en la época de su caída, Roma habia llegado ya á ser el mas poderoso Estado del Lacio. La ciudad tenia una vasta estension, supuesto que ya por entónces las siete colinas estaban casi todas enclavadas en un

(1) *Grandexa y decadencia de los romanos.*